

## **Crítica de libros**

**Marcel van der Linden, *Workers of the World. Essays toward a Global Labor History*, Leiden, Brill, 2008, 477 pp.**

*Workers of the World* es una obra ambiciosa. Es, al tiempo que un extenso libro de investigación, la forma en que Marcel van der Linden presenta su propuesta programática para “reconstruir el barco de la historia del trabajo” (p. 359). Desde la introducción en adelante, el autor expondrá los argumentos empíricos y teóricos por los cuales concibe la *Global Labor History* (tal es el nombre de su Programa de Investigación) como la superación de lo que él considera los dos principales obstáculos epistemológicos que arrastran hasta nuestros días los abordajes de la historia del trabajo a nivel mundial: el nacionalismo metodológico y el eurocentrismo. Con esto refiere, por un lado, a la naturalización de considerar al Estado-nación como unidad analítica básica (y en general independiente) de la investigación histórica (*i.e.*, la clase obrera en Inglaterra); por otro, a la tendencia a considerar que las formas que asume la clase obrera de los países capitalistas desarrollados “muestran el camino” de lo que sucederá (o debería suceder) en los países de lo que él denomina *Global South*. Son estos dos pre-juicios los que han llevado, según van der Linden, a una subvaluación de las formas del trabajo y de la acción colectiva de los trabajadores de “the West and the Rest” y por ende, a un empobrecimiento de la historia del trabajo.

Dada esta pretensión de ser un verdadero nuevo punto de partida historiográfico, *Workers of the World* tiene la virtud de ofrecer un buen pantallazo de los principales puntos de llegada de la *Labor History* y de la trayectoria del propio autor. El libro retoma varios nudos temáticos e investigaciones empíricas que pueden encontrarse en trabajos previos como “*Peripheral Labour? Studies in the History of Partial Proletarianization*” (1997) escrito junto a Samir Amin, o en *Class and Other Identities: Gender, Religion and Ethnicity in the Writing of European Labour History*

–*International Studies in Social History*– (2002) publicado junto a Lex Heerma von Voss, o en *Trasnational Labour History –Studies in Labour History*– (2003) que es el único libro del autor editado en español (*Historia Transnacional del Trabajo*, Centro Francisco Tomás y Valiente Editores, Valencia, 2006). Asimismo, el libro es también el resultado del trabajo que van der Linden viene desarrollando en los años más recientes dentro del prestigioso Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, del que es Director desde 2005. La *Global Labor History* se presenta así, como mucho más que una propuesta intelectual del autor, es el programa de investigación en el campo laboral al que apuesta el IISG.

El camino que van der Linden elige para esta reconstrucción del barco de la historia del trabajo es una suerte de “deconstrucción” del concepto de clase obrera de origen marxista. En esta elección hay, al mismo tiempo, una crítica a lo que considera una estrechez del concepto, y un explícito reconocimiento a Marx debido que “su análisis todavía es el mejor que tenemos” (p.18). Así, van der Linden, se lanza a una reconstrucción de la definición de clase trabajadora basándose en la recopilación exhaustiva de centenas de casos empíricos tomados de un período de observación que no establece límites temporales ni geográficos.

Para recorrer este camino, dividirá el libro en tres bloques. El primero, “Conceptualizaciones” (que abarca los capítulos 2, 3 y 4), lo dedica específicamente al intento de demostración del carácter estrecho (y por ende, errado) del concepto de clase trabajadora en Marx, y a su reemplazo (y por ende superación) por lo que considera un concepto “amplio” plasmado en la noción de “trabajadores subalternos”. Su argumento central es que el conjunto de presupuestos de Marx para que exista trabajo asalariado (que el trabajador sea libre, que sea portador y poseedor de fuerza de trabajo y que no tenga más que eso para vender), se cumplen más como excepción que como norma en la historia del trabajo a nivel global. Por el contrario, lo que van der Linden encuentra en su recorrido histórico, que es de gran valor por la cantidad de ejemplos de todas partes del mundo recabados en la investigación, es que la fuerza de trabajo asume diversas formas de mercantilización en las que la *forma asalariada libre* es sólo una de las formas de valor. Esta variedad de formas que asume la mercantilización de la fuerza de trabajo, da origen a distintos tipos de trabajadores cada uno de los cuales presenta distintos grados de autonomía y heteronomía. Desde el trabajador asalariado libre, hasta el esclavo en sentido amplio (*chattel slave*), pasando por el siervo y el auto-empleado, e incorporando las trabajadoras de subsistencia, van der Linden realizará un trabajo de tipificación sistemática que tiene la virtud de presentar una serie de casos transitorios sugerentes para la reflexión. Como dice el autor, “lo anterior tiene implicancias de largo

alcance, si se piensa en profundidad. En verdad, hay una gran clase de personas dentro de la sociedad capitalista, cuya fuerza de trabajo es una mercancía de muchas maneras diferentes. Es por eso que me refiero a la clase de conjunto como trabajadores subalternos. Ellos conforman un grupo variado, incluyendo esclavos, aparceros, pequeños artesanos y asalariados. Es la dinámica histórica de esta «multitud» la que creo que los historiadores del trabajo deben tratar de entender” (p.32).

Dos preguntas surgen de la lectura de este primer bloque. La primera es por qué, si el punto de partida es Marx, van der Linden no referencia los numerosos ejemplos de estas “formas intermedias” que están presentes en diversos pasajes de *El Capital*. Tanto en lo que refiere a la existencia de coacción extraeconómica como forma de reducción del carácter “libre” del intercambio entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo, como lo que refiere a formas no dinerarias de salario o combinación de formas dinerarias y no dinerarias, o la supervivencia de casos en que el trabajador posee algunos instrumentos de trabajo, o el análisis de la importancia crucial del trabajo doméstico (no remunerado) en la reproducción de la fuerza de trabajo, son elementos que Marx *no sólo reconoce en su existencia empírica, sino que analiza en su desenvolvimiento (contradictorio) como parte del proceso global de asalariación*. Lo interesante, en Marx y Engels, no es sólo el reconocimiento empírico de estas formas híbridas, sino su explicación teórica a partir de la comprensión de la *ley de desarrollo desigual* como concepto clave contra toda idea mecánica y linealmente evolutiva de expansión del capitalismo a nivel mundial. La ausencia de reflexión sobre este aspecto central de la teoría de Marx resulta en una debilidad teórica del libro, además que debilita claramente la estrategia de Van der Linden de mostrar la existencia histórica y contemporánea de estas “zonas grises” como refutación de tipo empirista del concepto de proletariado de Marx.

La segunda pregunta que surge de la lectura es: si existen estas múltiples formas de mercantilización de la fuerza de trabajo, entre las cuales las diferencias son sólo de grado (y no de calidad) ¿cómo se explica que en la “dinámica histórica de esta multitud” haya sido la *forma asalariada “libre”* (y no otra) la que se impuso de modo tal que hoy los asalariados “libres” son mayoría a nivel mundial? Dicho en términos del autor, si en el capitalismo no hay “preferencia intrínseca” hacia el trabajo asalariado “libre” frente a la esclavitud, ¿cómo se explica que haya sido la primera la que se impuso a nivel global? Es la propia elección teórica del autor la que vuelve imposible responder esta pregunta. Van der Linden decide (y así lo explicita) reflexionar y re-conceptualizar la noción de trabajadores a partir, *exclusivamente*, del ámbito de la circulación y el intercambio (separado del de la producción). De esa forma sucumbe a la indiferenciación entre la mercantilización del *producto del*

*trabajo* con la mercantilización de la *fuerza de trabajo*, diferenciación sustancial en Marx debido a que de allí surge el plusvalor sin el cual es inexplicable la acumulación de capital. Esta separación artificial entre circulación y producción, hace que la explicación de la imposición de la forma asalariada por el resto de las formas de mercantilización del trabajo quede reducida al argumento clásico de los límites de la esclavitud para el desarrollo de un mercado interno.

En el segundo bloque, compuesto por “Variedades de mutualismo” (capítulos 5 a 8) y “Formas de resistencia” (capítulos 9 a 12), el autor realizará un exhaustivo recorrido por las diversas formas de la acción colectiva de los trabajadores subalternos que se desplegaron en la historia. Al igual que en el bloque anterior, la descripción de múltiples modos de acción colectiva tiene el objetivo de combatir lo que aparecerían como conceptos “naturalizados” en la historiografía del trabajo ligados a la definición estrecha de trabajadores: 1) que el sindicato es la principal forma de organización de los trabajadores, 2) que la huelga es la herramienta de lucha correspondiente al trabajador asalariado “libre”. Contra estas “naturalizaciones”, el autor se sumerge en un rastreo que se destaca por la variedad de fuentes de la historiografía y la antropología que utiliza, y por el enorme esfuerzo de clasificación que realiza a partir de estos numerosos casos. El resultado es, por un lado, la elaboración de una tipología de mutuales que los trabajadores subalternos conforman a los fines de satisfacer diversas necesidades. Tres grandes categorías son señaladas: mutuales de servicios sociales, cooperativas de productores y cooperativas de consumidores. Coherente con el punto de vista de la circulación de mercancías que desplegó en el primer bloque, en éste, el análisis de la acción colectiva también será abordado desde el punto de vista de la satisfacción de las necesidades en el mercado. En lo que a formas de resistencia se refiere, van der Linden establece cuatro categorías principales: huelgas, protestas de consumidores, sindicatos e internacionalismo. Lo que se destaca en esta clasificación es el intento por mostrar que la huelga, lejos de surgir como herramienta de lucha propia del trabajo asalariado, es “una forma muy importante de lucha utilizada por todas las categorías de trabajadores subalternos (...) En cierto sentido, una huelga significa una salida colectiva –no con la intención de abandonar el trabajo para siempre, sino para ejercer presión temporal–. La transición entre «huir» y «luchar por mejores condiciones de trabajo» es en realidad bastante fluida” (p.179). En ese camino, van der Linden interpreta toda interrupción temporaria del trabajo (p. 182), desde la esclavitud hasta nuestros días, como una huelga, lo cual quita toda especificidad al concepto. Por otra parte, el esfuerzo en la búsqueda de variedad de casos en un amplio espectro de tiempo y espacio, termina operando en desmedro de la posibilidad

de establecer relaciones de determinación entre las distintas formas de producir riqueza, y las distintas formas de resistencia. Podríamos decir que si en otro importantísimo libro contemporáneo sobre los trabajadores, *Posición estratégica y fuerza obrera*, John Womack Jr. tiene la virtud de hacer el esfuerzo por establecer la relación entre lo que hacen los trabajadores en el trabajo y su particular fuerza social-colectiva (aunque con cierta tendencia a establecer una relación mecánica), en *Workers of the World* esa relación se diluye dejando la explicación de la acción colectiva librada a una suerte de “lógica interna” de la toma de decisiones de individuos que defienden sus intereses, es decir, una matriz explicativa del tipo de la teoría de la elección racional (*rational choice*) (p. 372).

El tercer y último bloque, “Aportes de disciplinas concomitantes” (capítulos 13 a 15), está dedicado a destacar las “tripulaciones de otros barcos” (*crews of other ships*) cuyos aportes resultaron claves para marcar el rumbo de una nueva Historia Global del Trabajo: la teoría del sistema-mundo de Wallerstein, la “Escuela de Bielefeld” en Alemania y los estudios antropológicos sobre los Iatmul en Papúa-Nueva Guinea. Además de resultar digno de celebración por el espíritu interdisciplinario en una academia aún fuertemente segmentada y con “celos disciplinares”, hay que destacar particularmente el rescate crítico que van der Linden realiza en el capítulo 13 de la teoría de Wallerstein. Es quizás ese capítulo en el que más se despliega un debate teórico en sí mismo. Allí el autor destaca lo que considera los puntos fuertes y los débiles de la teoría del sistema-mundo, al tiempo que recupera las críticas y observaciones de otros teóricos al respecto. En ese ejercicio, recupera la mirada global de Wallerstein respecto del capitalismo y su preocupación por relacionar sus diversos desarrollos, contraponiéndola a una mirada que tiende a ser provinciana o localista en la historiografía (motivo por el cual, como bien señala van der Linden, Wallerstein tiene mucho más peso en la sociología o ciencia política que en la historia), pero crítica, a su vez, lo que considera cierto mecanicismo economicista del autor estadounidense. Es interesante observar que uno de los principales desarrollos teóricos que van der Linden opone al economicismo de Wallerstein, es el de Ernest Mandel (autor desdeñado en la academia por su pertenencia al trotskismo), en la medida en que considera que el abordaje de Mandel sobre el capitalismo abre la puerta a la esfera de la política (la lucha de clases), como esfera de determinación del proceso histórico, por lo que la historia se presenta como un proceso “relativamente abierto” (*relatively open-ended process*). Es en esta discusión, hacia el final del libro, que se explicita una tensión que sobrevuela todos los capítulos pero que no es problematizada abiertamente: la tensión entre lo que van der Linden considera el economicismo de la matriz marxista de las clases

sociales y, el politicismo o subjetivismo (por indeterminación) en que terminan cayendo las respuestas a dicho economicismo, que resultan tributarias, finalmente, del individualismo metodológico. Si esta tensión estuviera puesta de manifiesto como tal en el libro, ayudaría a tratar de equilibrar cierto desdén a las determinaciones económicas que recorre la obra, expresado paradigmáticamente en la subvaluación de la esfera de la producción para una teoría de las clases sociales, y su reemplazo (no combinación) por la esfera de la circulación.

Para finalizar quisiera hacer algunas observaciones generales. *Workers of the World* tiene la enorme virtud de su ambición. Primero, porque navega en las difíciles aguas de la combinación entre investigación empírica y crítica-elaboración conceptual. En una disciplina acosada por el empirismo esta propuesta de van der Linden, se distingue mostrando, además, gran erudición del autor. Segundo, porque la perspectiva de análisis internacional que propone es, *per se*, una crítica hacia unas ciencias sociales académicas cuyo afán por el localismo y el particularismo han derivado en la paradoja de una sumatoria de interpretaciones parciales imposibilitadas de explicaciones globales, justamente cuando la internacionalización de las relaciones sociales ha llegado a su máxima expresión. Tercero, porque su pretensión programática opera como invitación a la reflexión, desnaturalización y contrastación en un campo de investigación como el del desarrollo de la clase trabajadora y sus formas de lucha, en el que la “restauración burguesa” operada durante la década neoliberal, terminó introyectando una especie de “moral de resistencia” que extirpó la discusión estratégica de los estudios de la clase obrera. En un contexto internacional en que la crisis económica es, en buena medida, la crisis del pensamiento del fin de la clase obrera y la posibilidad de la reapertura del debate estratégico sobre sus programas y cursos de acción, la invitación de Marcel van der Linden a la revisión de los presupuestos teóricos de los abordajes de investigación, no puede sino ser celebrada.

Y es quizás, justamente esta “moral de resistencia” que dejaron los noventa y sus tesis anti-obreras, anti-marxistas y sobretodo, anti-revolución, lo que aún marca fuertemente la obra de van der Linden. Su esfuerzo, empírico y conceptual, parece haber caído preso de la operación ideológica que se volvió “sentido común” en la academia neoliberal: un dogmatismo antimarxista llevado adelante en nombre de la “batalla contra el dogmatismo del marxismo”. El concepto de “trabajadores subalternos” al que arriba, pareciera más bien el intento de justificar que los trabajadores existen y son mayoría, antes que de reflexionar sobre su especificidad y potencialidad actuales. El camino de construcción conceptual que elige, fuertemente empirista, redundo en una noción clasificatoria más deudora del individualismo metodológico que del ma-

terialismo histórico. De allí que su objetivo de ampliación de la noción de clase trabajadora se realice a costa de pérdida de determinación, y por ende, de pérdida de capacidad explicativa del concepto. Y de allí también que el concepto de “trabajadores subalternos” resulte en un cierto obstáculo epistemológico para pensar la acción política de esta clase ampliada. Si, como señala el propio autor, el *objetivo político* de la *Global Labor History* es extender la mirada más allá del trabajo bajo el capitalismo para precisar mejor la especificidad del desarrollo capitalista (p. 360), su resultado es, sin embargo, la dificultad que surge del propio concepto de “trabajadores subalternos” para precisar la especificidad del trabajo en el capitalismo y por ende precisar también las estrategias de acción para su destrucción.

**Paula Varela (UBA-Conicet)**

\* \* \*

**Dolors Marin, *Anarquistas. Un siglo de movimiento libertario en España*, Barcelona, Ariel Historia, 2010, 490 pp.**

El texto de Dolors Marin se nos presenta como un trabajo de síntesis en donde se estudian los aspectos menos grandilocuentes de la historia del anarquismo en España. Retomando explícitamente el aporte teórico-metodológico de E. P. Thompson la autora busca rescatar “los fenómenos culturales y vivenciales de los hombres y mujeres que formaron parte intrínseca de la Confederación [Nacional del Trabajo] (CNT)” (p. 11). De esta manera, el libro se encuentra estructurado, en su mayoría, de manera temática, priorizando los años prefranquistas. Nueve capítulos son dedicados a la construcción del anarquismo ibérico de fines del siglo XIX y primera mitad del XX, mientras que los dos restantes se centran en la segunda mitad de ese siglo. El final del libro viene munido con una batería de recursos valiosos, como ser un glosario de términos comunes de la militancia anarquista, una cronología y una decena de apéndices documentales (entre los que destacan la síntesis del acta fundacional de la Federación Anarquista Ibérica –FAI–, y los discursos de Ángel Pestaña y Salvador Seguí).

El análisis propuesto por la autora reúne los siguientes temas: el desarrollo de la CNT, las lenguas planificadas (esperanto e ido), las canciones y los versos, las experiencias socialistas utópicas, las cooperativas de producción y los grupos de afinidad. Los años posteriores a la Guerra Civil se tratan en dos capítulos: uno dedicado a las memorias militantes y otro en el que se sintetizan, para los años de la posdictadura, los temas tratados de manera extensa en las páginas anteriores.

En cuanto al corpus utilizado, la autora recurre a los recursos tradicionales de los historiadores (prensa escrita, memorias de militantes, diversos documentos oficiales como ser censos, etc.) y les adiciona un rico acervo de entrevistas orales realizadas con diversos militantes anarquistas. Esta variedad de fuentes, sumada al uso meditado de las diferentes producciones académicas, le permiten corregir datos mal consignados por diversos autores, como ser la fundación de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) y, a la vez, mostrar hasta que nivel la práctica cultural más variada (y menos proletaria en apariencia) era realizada por importantes militantes anarquistas de la CNT.

*Anarquistas...* es un libro de lectura dificultosa por la exposición realizada por la autora y la estructura general del trabajo. Las ideas fuerza deben ser encontradas a través de una tarea de rastrillaje que obliga a varias relecturas. En este sentido, cada lector debe construir cuál es el objetivo general del libro. Para el que escribe esta reseña, la clave de *Anarquistas...* radica en reponer el entramado emotivo-cultural que permitió la acumulación de fuerzas bajo el ala del anarquismo que redundó en las experiencias revolucionarias vividas durante la Guerra Civil.

El aporte más interesante de *Anarquistas...* es la crítica epistemológica a los trabajos realizados hasta ahora en España. De esta manera, la gran mayoría de los investigadores que han estudiado el movimiento obrero español en general y el anarquismo en particular lo encaran desde una perspectiva netamente política que no llega a otros aspectos de esta experiencia: los emotivo-culturales.

No obstante, en general el trabajo sufre por el desfasaje entre la metodología invocada y el objeto utilizado. La historia social de raíz thompsoniana estudia la experiencia de una clase en oposición con otra, a través de las luchas sociales. Las tendencias político-sociales deben ser entendidas como diversas orientaciones en su seno, pero que no son, salvo por momentos que deben ser estudiados y de tal modo circunscriptos en el tiempo, expresión cabal de las clases. Marin comete el error de homologar, en demasiadas ocasiones, al anarquismo con la clase obrera. *Anarquistas* es un libro sobre una tendencia político ideológica que se arroga el mérito de estar estudiando a toda una clase, en este sentido vemos la contradicción entre método y objeto.

Un recurrente problema metodológico entre los investigadores sobre el anarquismo se basa en la amplitud de prácticas que se reconocen bajo su bandera. Esta dificultad no es única de los académicos sino que, de manera similar con otras corrientes ideológico-políticas, ha despertado polémicas dentro de las filas del anarquismo. Creemos que ante este problema el único camino válido para el historiador se basa en el estudio pormenorizado de los debates y disputas que atravesaban al movimiento anarquista del período analizado y cuáles fueron sus resultados. Un

enfoque que parta de un a priori construido por el investigador, no importa que tan exacto o justo parezca, no deja de ser una abstracción que deforma nuestra capacidad para entender la complejidad de la realidad estudiada. Este es el caso de Marin, quien opta por entender como anarquista a todo aquel que se reconozca “antiautoritario” (p. 13). Es importante entender que el anarquismo, más allá de algunas corrientes que intencionadamente crean la imagen de una armonía interna, ha conocido disputas intestinas de una fiereza solamente superada por las peleas interburguesas o por las que atravesaron al marxismo en las décadas pos revolución rusa. En este sentido, la labor del historiador es reponer este tejido convulsionado y contradictorio y, por tanto, no debe tomar opciones metodológicas que tiendan a ocultarlo. Un ejemplo de ello es la poca importancia otorgada en *Anarquistas...* a la ruptura *treintista* de la CNT, en la cual se apartaron de la misma algunos de los que fueron los militantes anarquistas más importantes de la década del 20, Ángel Pestaña entre ellos.

En síntesis, *Anarquistas...* se propone de esta manera como un aporte novedoso, ante un panorama historiográfico demasiado ligado a estudiar sucesos políticos y grandes organizaciones, centrándose al contrario en el nivel micro de los militantes de a pie, en las experiencias culturales y en la militancia de género. En este sentido, logra plenamente su objetivo de mostrarnos que los militantes anarquistas no se limitaban al ámbito de la producción o la discusión política, sino que se embarcaban con ahínco en diversas tareas culturales, como eran la difusión de las lenguas planificadas, la construcción de emprendimientos productivos cooperativos y la creación de una nueva literatura. Pero a la vez, *Anarquistas...* no problematiza el porqué estos mismos militantes, acérrimamente clasistas en el sindicato, compartían estas prácticas culturales en ambientes marcadamente policlasistas. El historizar los diversos anarquismos, en vez de unificarlos a todos en una definición amplia, hubiera podido avanzar en explicaciones para estas contradicciones. Por último, creemos que hubiera sido más rico para los objetivos thompsonianos de la obra el estudiar la cultura proletaria en su dimensión histórica, investigando a los diversos anarquismos en relación a su incidencia con el todo, pero también analizando los aportes del socialismo, el comunismo y los sectores de la burguesía, tanto progresista (que atisbamos en diversas prácticas culturales tratadas en la obra) como reaccionaria, en especial el sector hegemónico de la iglesia católica española. Concedemos que un trabajo así no hubiera podido titularse *Anarquistas...* pero habría constituido un aporte fundamental para la historia social española.

**Martín Ariel Manuli (UBA)**

**Jean-Paul SALLES, *La Ligue Communiste Révolutionnaire (1968-1981). Instrument du Grand Soir ou lieu d'apprentissage?*, Presses Universitaires de Rennes, 2005, 424 pp.**

La Liga Comunista Revolucionaria (LCR) ha sido uno de los agrupamientos más importantes del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional, dirigida desde los años 60 por Ernest Mandel. Compartió escena en Francia con otras dos organizaciones trotskistas que durante muchos años la superaron en número: Lutte Ouvrière (LO) y el partido dirigido por Pierre Lambert, Organisation Communiste Internationaliste (OCI). En el año 2009 se autodisolvió para integrarse en el Nouveau Parti Anticapitaliste. El estudio de Salles comienza en el momento de su creación en 1968, cuando se logra la reunión de varios grupos dispersos tras la crisis del trotskismo de los años 50, y finaliza con la consolidación de un cierto giro político en 1981, cuando la Liga decide apoyar la unidad de comunistas y socialistas, que lleva al poder a François Mitterrand.

Es necesario aclarar, como lo hace el mismo autor, que Jean-Paul Salles fue militante de la Liga entre 1969 y 1979 y el estudio publicado forma parte de una reciente tesis doctoral en historia. Salles participa hoy de la revista *Dissidences*, dedicada a estudiar los movimientos revolucionarios y de extrema izquierda.

No estamos en presencia de un estudio cronológico de la evolución política de la Liga ni un análisis de sus propuestas programáticas o incluso ideológicas, que sólo aparecen tangencialmente en el trabajo. El texto apunta a una caracterización sociológica del agrupamiento y el eje del trabajo se va constituyendo más bien en las modalidades de militancia, lo que Salles denomina una “historia social y cultural de lo político”. Más allá de las especificidades programáticas e ideológicas del grupo estudiado, Salles se interroga sobre qué tipo de partido se conformó, qué tipo de militancia se puso en práctica, cuál fue la composición socio-ocupacional de la LCR.

Las fuentes utilizadas por Salles son, en primer lugar, el periódico de la Liga, *Rouge*, que entre 1976 y 1979 llegó a ser publicado en forma diaria; luego, las diferentes publicaciones “externas”, tanto internacionales como nacionales o locales; en tercer lugar, documentos internos a los que el autor ha podido acceder; por último, entrevistas orales. Es interesante el trabajo con diversos archivos que han recogido material impreso de la Liga, lo cual nos habla de una preocupación creciente en Francia por la conservación de las fuentes referidas a la historia reciente.

En una primera parte, se plantean las *modalidades* de la acción política, y allí se expone la organización por células, los criterios de una

militancia sin diletantismo, la utilización de seudónimos internos, la constitución de grupos de choque, los intentos fracasados de autodefensa obrera. Estos últimos aspectos son vinculados al fuerte guevarismo del grupo original de 1968, que los llevó, por un lado, a apoyar las acciones de lucha armada en América Latina y, por el otro, a realizar acciones de ataque violento a manifestaciones de extrema derecha, acciones que son desestimadas a comienzos de los años 70.

Una segunda parte se interroga sobre los *resultados* de las acciones. En primer lugar electorales, donde la LCR obtiene un muy bajo porcentaje de votos, por detrás de LO y de la OCI. Nacida fundamentalmente en los medios escolarizados (estudiantes y docentes universitarios), la Liga por otra parte encuentra dificultades para insertarse en medios obreros, ámbito donde Lutte Ouvrière lleva una gran ventaja. Los gremios donde la LCR logra establecerse son ferroviarios, automotrices, correos y, en general, gremios estatales, incluida la docencia. Pero la captación de obreros es siempre problemática en un partido donde las exigencias de militancia bolchevique generan tendencias centrifugas importantes.

Otros aspectos destacados son la extensión geográfica en toda Francia; el trabajo con los inmigrantes (lo cual permite abrir secciones hermanas en países africanos); una política pragmática con ciertas asociaciones regionalistas (Bretaña, Provenza, Córcega) que, sin embargo, no da grandes frutos; en fin, un trabajo sobre las fuerzas armadas, abogando por la democratización de la vida del soldado y contra el autoritarismo militar.

Mayor envergadura tiene el trabajo con respecto a la mujer: ante el surgimiento de un feminismo radical en Estados Unidos y Europa a fines de los 70, se pasa de una crítica de este movimiento (entendido como reformista y pequeño burgués) a una aceptación amplia de sus postulados. Se enarbolan consignas como el derecho al aborto, contra la violencia hacia las mujeres, contra la prostitución, se crean grupos de mujeres, se realizan reclamos sindicales específicos y se milita dentro de los grupos feministas. Este cambio (de un bolchevismo clásico a un feminismo militante) tendrá, según Salles, "consecuencias considerables sobre la organización" (p. 266).

Tras la aceptación de la lucha por la emancipación de las mujeres, surge también la lucha por los derechos de los homosexuales (donde también se pasó de una desconsideración del problema a asumirlo como un eje político), la crítica de la familia burguesa, una reconsideración de la infancia, la liberación sexual, la crítica de la situación en las prisiones, en los manicomios, en los hospitales. En todos estos tópicos se observan dos aspectos: por un lado, una mimetización de la Liga con respecto a las ideologías que empiezan a circular en los ámbitos universitarios de los 70 (aspecto no señalado por Salles); por el otro, una mayor preocu-

pación por redefiniciones teóricas generales, pero un descuido alrededor de reivindicaciones específicas de los sectores involucrados, cuestión que Salles puntualiza. Así, por ejemplo, en el ámbito de la salud la Liga trata de profundizar alrededor de una crítica de las instituciones que controlan al paciente, pero olvida las preocupaciones elementales de médicos y enfermeros, cuestión en la que Lutte Ouvrière aventaja largamente a las otras agrupaciones trotskistas.

La tercera parte analiza el “malestar” en la LCR y la crisis de lo que Salles llama “militantismo”. El malestar se evidencia en diferencias sociales observables al interior de la Liga: nacida como grupo de docentes y estudiantes universitarios a fines de los 60, la captación e integración de otros grupos sociales y generacionales se torna problemática. Exigencias monetarias, que pueden ser mejor cumplidas por los miembros de clase media; exigencias de tiempo, adecuadas para jóvenes sin hijos pero difíciles de llevar adelante por alguien con obligaciones familiares; exigencias culturales, que provienen de materiales políticos de difícil comprensión para sectores menos escolarizados: todos estos requerimientos llevan a una crisis, a mediados de los años 70, de un modelo de militancia propio de los estudiantes que tomaron las calles en mayo del 68 (incluso para estos mismos estudiantes, devenidos años más tarde “padres de familia”), pero problemático para otros sectores sociales.

Poco dado en general a sacar conclusiones, la última página recoge los problemas planteados y ofrece una estrategia futura: la Liga, ya en el siglo XXI, llega a ser “una organización escuchada, respetada. Su habilidad para captar el espíritu de la época le permite sobre todo expresar el descontento de una parte de la juventud. Pero si la Liga quiere seguir jugando ese rol, tendrá que proseguir su *aggiornamento*, alejarse todavía más del esquema bolchevique original, a riesgo de perder una parte de su identidad. Ése es sin duda el precio a pagar para inscribirse en forma duradera en el campo político como fuerza de contestación” (p. 353).

Como podemos observar, la descripción de los múltiples aspectos de la “historia social y cultural” de la LCR estaban al servicio de cuestionar la matriz “bolchevique” o el llamado “militantismo” de ese grupo político, haciendo abstracción de su ideología política y de sus propuestas programáticas. Si hay que abandonar el “bolchevismo” (el autor no se plantea la posibilidad de que la Liga no sea cabalmente bolchevique, o de que ese modelo de militancia sea poco coherente con el bolchevismo) no es por haber encontrado una ideología más adecuada para arribar al socialismo, sino porque eso “dificulta” la creación de un partido más grande, aunque no se diga en definitiva para qué se necesitaría ese partido.

La “historia social y cultural” de un movimiento o un partido sólo puede ser analizada en correlación con los objetivos políticos estratégi-

cos de ese agrupamiento, o bien se cae en la abstracción de tomar las formas de militancia como el único contenido observable. Si una forma de militancia no es adecuada para su objetivo político, sólo lo podrá ser para un “crecimiento” indeterminado o para mejorar una performance en el ámbito democrático. En este aspecto, como en muchos otros, vuelve a ser imprescindible la consigna hegeliana: “La verdad es el todo”.

**Hernán M. Díaz (UBA)**

\* \* \*

**José M. Aricó, *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo. Curso de El Colegio de México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-Colegio de México, 2012, 410 pp.***

Indébito hasta su publicación reciente, este libro da cuenta de la particular visión de José M. Aricó sobre el marxismo en tanto método de indagación de la realidad y de su ligazón fundamental con el proceso histórico, en particular, con el movimiento obrero. A través de un repaso de los distintos debates que atravesaron al marxismo desde sus orígenes, Aricó desmenuza lo que él denominaba la unidad esencial entre política y economía expresada en la naturaleza de lo social, la anatomía de la sociedad (o fenomenología de la sociedad burguesa) como forma de aprehensión de la totalidad social. Es menester tener en cuenta, asimismo, el contexto histórico en el cual Aricó impartió su curso en el Colegio de México. En efecto, rondaba el año 1977 y el autor se vio forzado al exilio en el país azteca, desde donde continuó su impresionante trabajo de edición y compilación al español de una gran parte de la bibliografía marxiana a la cual tenemos acceso hoy día, en estrecha colaboración con la editorial Siglo XXI.

Así, en cada una de las nueve lecciones, el marxista cordobés tratará de esbozar el contexto histórico general y los problemas teórico-políticos que discutían los socialistas (Lenin, Kautsky, Luxemburgo o Gramsci), señalando no sólo las distintas posiciones políticas sino (y aquí radica, sobre todo, su originalidad y unidad) las distintas contradicciones epistemológicas, es decir, las variadas formas de análisis de la realidad y la concepción particular del marxismo de cada autor. Se parte del racconto de una parte de la carrera intelectual de los fundadores del materialismo histórico, Marx y Engels, sentando así una de las primeras posiciones con respecto al enfoque general del curso: Marx fue, efectivamente, sólo un hombre –pese a lo extraordinario de su figura– y su trabajo global es tan sólo una parte de un proyecto de investigación mayor. En este sentido, la toma de posición de Aricó a favor de la hipótesis de Rosdol-

sky sobre la incompletitud de la obra marxista es el primer carro de asalto contra lo que se entiende como concepciones “deterministas” o “economicistas”; en particular, aquellas que reposan en *El capital* como escritura sagrada, estructura conceptual completa y totalizadora de la realidad social y, por ende, manual o dogma de enseñanza. En otras palabras, si *El capital* en tanto crítica de la economía política burguesa y crítica de las formas ideológicas del valor (crítica desde el “punto de vista burgués”, Marx *dixit*) sólo representa un momento (histórico) de la crítica radical (también histórica) a la totalidad social capitalista, aún quedarían varios cielos por asaltar y a los herederos del pensador alemán nos “restaría” por descubrir “todas las mediaciones existentes entre estos principios [de los núcleos conceptuales de la crítica de la economía política] y el conjunto de los elementos en torno a los cuales se despliega la sociedad burguesa”.

A su vez, y en términos expositivo-explicativos, vale la enumeración y descripción de las obras marxistas con que contaban cada uno de los autores, lo cual condicionaba, en muchos casos, el marco de las discusiones o sus posibilidades de resolución/superación. De esta manera, la adhesión del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) al *Anti-Dühring* de Engels como *opus sancta*, del estalinismo a la *Introducción a la crítica de la economía política* de 1857 o de Lenin al tomo II de *El capital*, explicarían, en parte, las peculiaridades –ergo los límites– de sus respectivos análisis (e incluso los términos en que se planteaban las distintas discusiones de época) o, al menos, lo que esta verdadera amalgama de autores podían llegar a entender por marxismo. No olvidemos que escritos fundamentales de Marx como los *Grundrisse* (1857-1858), los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844), *La ideología alemana* (1846) o las *Tesis sobre Feuerbach* (1844) permanecieron ocultos en los archivos del SPD hasta bien entrado el siglo XX (recién en 1932 se dan a conocer públicamente estas obras, cuya traducción del alemán será bastante posterior, *circa* 1950).

Asimismo, este curso es, si se quiere, un repaso o, más bien, un balance tanto de las perspectivas que abre la revolución bolchevique de 1917 como de la época histórica determinada por la expansión imperialista de los países capitalistas “avanzados” y la intervención que lleva a cabo el movimiento obrero en este contexto, sobre la base de una profunda conexión con el marxismo. Sobre esta idea, la recuperación de la categoría histórica de *praxis* como aquel nuevo concepto de naturaleza que descubriera Marx en sus investigaciones (la naturaleza específicamente social del hombre propia del metabolismo de este con la naturaleza a través de la relación con otros hombres para su reproducción humana mediante la creación de su propio mundo) le permite a Aricó defender un análisis que, en su fundamento, es la unidad de

la teoría y la práctica, pensamiento crítico-revolucionario, práctica-revolucionaria en tanto la vida social es, esencialmente, práctica, y la teoría o las formas de pensamiento, de abstracción, de conceptualización de la realidad no son más que momentos de dicha praxis concreta. De este modo, la comprensión, al volverse necesariamente crítica, sienta las condiciones de posibilidad de la acción social consciente.

No obstante, si bien el abordaje de cada uno de los debates (desde “la teoría del derrumbe” entre Kautsky, Lenin y Luxemburg hasta la “revolución permanente” de Trotsky) es pormenorizado y riguroso, pensado de manera profunda y bien argumentada, de forma sumamente sintética (tengamos en cuenta que se trata de un curso que fue efectivamente dictado), existen, por otra parte, elementos del curso que dan cuenta de una concepción teórico-política que toma distancia de la teoría revolucionaria puesta en práctica por la revolución bolchevique y se acerca más al reformismo socialdemócrata. En efecto, esta revisión (y la estrategia de clase que trae aparejada) está expresada concretamente sobre el final del curso (lecciones 8 y 9), cuando Aricó aborda el análisis de la perspectiva gramsciana y su particular interés por la hegemonía en torno a los procesos históricos de transición –el socialismo como creador de una nueva cultura capaz de homogeneizar a las masas–, basado en una nueva concepción de la política, “... concebida no ya simplemente como organización de la lucha por la conquista del poder sino como fundadora de una reforma intelectual y moral”, en palabras del autor. Finalmente, el nudo conceptual de esta argumentación (o su contradicción constituyente y constitutiva) es la teorización sobre la naturaleza y el carácter histórico de la transición, no ya como pensaban Lenin, Trotsky o el propio Gramsci, esto es, como una etapa complementaria, inescindible del desarrollo de las crisis cada vez mayores inmanentes al movimiento histórico del capital en su lucha contra el trabajo (y, por lo tanto, etapa de agudización de las tensiones entre las distintas fuerzas sociales), sino que, para Aricó, y a través de él para Gramsci, las transiciones se caracterizan por ser periodos democráticos.

Ahora bien, profundizado este razonamiento hasta sus “últimas consecuencias”, la independencia política de la clase obrera no sería un eje esencial sobre el cual gravitaría la acción política sino, más bien, un resultado de la coyuntura particular. En otras palabras, la conciliación de clases o sea la integración de los trabajadores a un gobierno capitalista representaría parte de una estrategia necesaria a adoptar en momentos “democráticos” o “transicionales” como parte de una forma de construcción del socialismo y, por lo tanto, resultaría una coincidencia, una identidad de intereses sociales (o de clase) entre burguesía y proletariado, entre conservación y revolución del *status quo*, una tensión

que no acabaría por resolverse pues, en realidad, se habría esfumado en esta etapa peculiar. *Au fond*, Aricó retoma el debate sobre táctica y estrategia de clase (debate plenamente vigente hoy día) fijando posición a favor de la colaboración de clases, de la posible armonía entre capital y trabajo o, dicho de otra manera, que la lucha de clases, es un factor secundario, particular, coyuntural y no esencial o inherente al propio desarrollo social. Es en este punto donde el intelectual cordobés acaba por apartarse decisivamente del marxismo como método de análisis histórico, cuyo motor fundamental es la lucha de clases.

Resulta claro, entonces, que la reflexión de Aricó en 1977 no es un hito aislado sino que se inscribe como parte del proceso de adopción de una concepción teórica y política más general (el reformismo), lo cual explica por qué, años más tarde, éste se sumó al gobierno alfonsinista. A su vez, es evidente que la trayectoria seguida por el autor no es suya exclusivamente sino que abarca a toda una generación de intelectuales que terminaron abrevando en la reforma gradual y dejando de lado, de una u otra manera, la lucha por la revolución social.

**Walter L. Koppmann (UBA)**

\* \* \*

**Vera Carnovale, *Los combatientes. Historia del PRT-ERP, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, 310 pp.***

Vera Carnovale se ha propuesto en *Los combatientes* estudiar el proceso de construcción identitaria y de la subjetividad colectiva del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Para la autora la dimensión del imaginario partidario contiene la clave explicativa fundamental de esta experiencia de la izquierda revolucionaria argentina y del destino último de sus militantes. La singularidad de su trabajo reside en la combinación de un análisis de las ideas de este grupo y sus formas de construcción política.

Los principales puntos de apoyo teórico, político e histórico y de legitimación en los que Carnovale asienta su estudio son los conocidos ensayos de Hugo Vezzetti sobre la violencia política y los trabajos del grupo de investigadores del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (Cedinci), sumamente críticos de la historia, experiencia y tradición de las organizaciones políticas y los partidos de izquierda en Argentina.

Las fuentes históricas principales que articulan su investigación son documentos y publicaciones periódicas del PRT y del ERP, entrevistas de propia factura y otras escogidas del archivo oral de la organización

no gubernamental Memoria Abierta, en ambos casos realizadas en la última década.

El libro se compone de cinco capítulos. El primero trata sobre los orígenes del PRT, a partir de la fusión llevada a cabo en mayo de 1965 de dos vertientes diferentes, una de carácter indigenista como el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular y otra de corte trotskista como Palabra Obrera. El segundo capítulo analiza la concepción estratégica de la guerra revolucionaria en la actividad político-militar del PRT-ERP a partir de la influencia del castrismo, el maoísmo y de la experiencia vietnamita desde su cuarto congreso partidario en 1968. Carnovale analiza esta etapa con el propósito de reconstruir el conjunto de formulaciones ideológicas que configuraron la identidad y la proyección imaginaria de la organización. Los capítulos tercero, cuarto y quinto, más abiertamente relacionados con el nudo central de sus argumentaciones, refieren a: la representación del enemigo político en tanto imagen especular y contraria de la identidad partidaria; los mandatos éticos y morales del hombre nuevo guevarista que impactaron fuertemente en la organización, y finalmente el control partidario sobre la militancia a partir del proceso de proletarianización y del disciplinamiento moral y sexual. Es en esta sección donde desde nuestro punto de vista gravita y se anuda lo más polémico de sus interpretaciones, al recuperar para el PRT-ERP la representación típica de los años 80, de que la guerrilla y las fuerzas armadas, compartían una cultura política bélica, basada en la disposición a matar y morir en una guerra permanente y total.

Una de las primeras cuestiones que estructuran la interpretación del trabajo es una crítica a los diferentes balances de carácter político realizados centralmente por ex militantes y dirigentes del PRT-ERP que han buscado identificar los errores, las desviaciones y esquematismos políticos para explicar la derrota y aniquilamiento de esta organización en los años setenta. Muchos de estos escritos han caracterizado que esa organización tuvo un proceso de creciente militarización. Carnovale considera que esta perspectiva instala necesariamente una impugnación prescriptiva que no contribuye con la comprensión del fenómeno histórico. Si bien es cierto que varios de esos escritos de los años 80 compartían una crítica de la militarización del PRT, no parecen configurar un punto de vista homogéneo para calibrar la trayectoria de la organización pues aportan elementos diferentes y en oportunidades hasta contradictorios. Este es un flanco que merecería haberse tratado con mayor especificidad histórica, justamente porque la autora se propone *comprender* las decisiones tomadas por los actores en aquél momento, apartándose de juicios políticos sostenidos en base a modelos ideales de intervención.

Si la perspectiva interpretativa que apunta a superar la mera identificación de errores o desviaciones puede resultar una contribución a los estudios sobre las organizaciones armadas revolucionarias, sin embargo, resulta sospechosamente llano aspirar a evitar cualquier juicio político sobre la experiencia del PRT-ERP. Por el contrario, Carnovale en nombre de una supuesta neutralidad valorativa realiza un balance negativo, aunque nunca explicitado, sobre la experiencia de esta organización. Un ejemplo de esto lo observamos en el capítulo denominado “Disciplinamiento interno. Moral y totalidad” donde se analiza el ingreso al PRT de los militantes, como un momento de pérdida de la individualidad y la autonomía por medio de una serie de mecanismos de homogeneización y control. Allí no se indaga, en qué medida un documento como *Moral y Proletarización*, que es tomado como una fuente articuladora de las ideas de este capítulo, regía e influía de modo efectivo en las prácticas de sus militantes, sin evaluar por otro lado, que éste texto fue escrito en 1972 con el fin de regular la vida cotidiana en las casas operativas y clandestinas del ERP, en un marco de creciente actividad represiva estatal.

Otro elemento en el que notamos un juicio negativo es que se señale directamente como causa de numerosos problemas de la experiencia del PRT-ERP al modelo leninista de organización. Un análisis histórico debería haber demostrado en qué forma este modelo organizativo afectó la práctica política del PRT ya que señalar su carácter leninista no resulta suficiente para negativizar la experiencia de la organización. Carnovale recupera con el propósito de ajustar sus argumentos, un artículo de crítica a la tradición de la izquierda partidaria, escrito por Horacio Tarcus (“La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo*, n° 9, 1998/1999), donde arremetía contra las diferentes expresiones políticas del trotskismo y del conjunto de la izquierda partidaria, definiéndolas como sectas políticas estériles y como una forma parcialmente secularizada de las antiguas sectas religiosas milenaristas y medievales. Si bien en este texto Tarcus no remite a la experiencia de la guerrilla de los años 70, Carnovale enlaza esta interpretación a su estudio sobre el PRT-ERP.

Asimismo, la estructuración del libro es crítica, ya que existe un importante desbalance en el tratamiento de la historia de la organización que tuvo un desarrollo de tan sólo doce años desde su creación en 1965 hasta su derrota política y militar en 1977. Mientras que son examinados los orígenes y la etapa de la derrota, los años intermedios, que la misma autora reconoce que se caracterizaron por un importante crecimiento y amplia actividad de la organización en el seno del movimiento de masas, no tienen el mismo grado de profundización analítica. No puede menos que resultar extraño que no se haya apreciado lo suficiente este período

donde el PRT-ERP adquirió gran vitalidad y creatividad política. Asimismo a pesar de la preocupación de Carnovale por comprender la violencia política, las prácticas político-militares y el ethos revolucionario de esta organización, resulta difícil reconocer cuál es la apropiación específica que hizo el PRT-ERP de la tradición política castrista y guevarista. En general, la lectura de los debates estratégicos y las crisis internas del PRT-ERP tienen un tratamiento inadecuado, pues no se construyen puentes entre las definiciones políticas y las prácticas efectivas que desarrollaban sus militantes. Hubiera sido significativo que algunas de las hipótesis que sostiene el trabajo se contrastaran con experiencias singulares del desarrollo partidario, como por ejemplo la que se desarrolló en Tucumán y Santiago del Estero entre los trabajadores de los ingenios azucareros, la actuación parlamentaria de los diputados obreros provinciales y su vinculación con la lucha de clases a nivel local, o su penetración en la clase obrera cordobesa. El haber desestimado el análisis de ciertas experiencias sociales del PRT-ERP y hacer descansar todo los argumentos en el plano de las creencias y el imaginario, no le permiten a Carnovale captar y ser sensible a los elementos que hicieron que esta organización fuera vista por el resto de los activistas por aquellos años, como un partido con aspectos *sui generis*. Precisamente porque el PRT-ERP llevaba adelante la lucha armada en combinación con un abanico de amplias propuestas políticas que interpelaban a obreros, artistas, jóvenes y mujeres, entre otros.

Justamente porque los conceptos de imaginario y subjetividad ocupan un lugar central en el libro y porque no son categorías que tienen un sentido autoevidente ni unívoco, hubiera sido asimismo ventajoso para los lectores y lectoras contar con alguna definición. Pese a esto parece operar de hecho la definición que utiliza Horacio Tarcus en el artículo anteriormente mencionado. Para este autor el imaginario de la secta política es el que otorga “*efectiva identidad y cohesión al grupo y dentro del cual juegan un rol decisivo los rituales y las ceremonias, la disolución del individuo en el todo grupal, la separación rígida entre el adentro y el afuera, entre el saber profano y el sagrado, el esotérico y el exotérico, la estratificación interna, el culto sacralizado del líder, la experiencia mesiánica, las figuras del heterodoxo, el desertor y el traidor...*”. Buena parte de estos elementos, como la pérdida de la subjetividad individual y de contacto con el mundo exterior, entre otros, son los que Carnovale esgrime en los capítulos 3, 4 y 5.

Mientras tanto el trabajo presenta una sucinta definición del concepto de *identidad* a partir de una afirmación de apariencia freudiana donde se coloca en un lugar central la construcción de un otro de signo contrario. En este caso, ese otro es el enemigo político: las fuerzas armadas y los capitalistas, que lleva a la autora a indagar en la única

práctica del PRT-ERP que merece un tratamiento sustancial, y que son los ajusticiamientos llevados adelante por la organización entre los años 1972 y 1977. Hubiese ganado en justeza un análisis que relacionara la lucha armada con otras prácticas políticas, sindicales y frentistas que desarrolló en las diferentes coyunturas el PRT-ERP.

Esta indagación creemos que no se lleva adelante porque Carnovale considera que el conjunto de creencias y valores que desarrolló la militancia del PRT-ERP resulta suficiente para examinar las formas que tomó la violencia política. De hecho cuando examina el tema de la lucha armada circunscribe su análisis al ideario sacrificial y al mandato de entrega total, inclusive ante la certeza de la muerte próxima. Es significativo que retome para este punto los trabajos de Ana Longoni donde la vitalidad de la militancia resulta fagocitada por la lógica bélica, convirtiéndose la muerte en una fuente de legitimación política de la organización. O en palabras de Hugo Vezzetti, cuando el valor supremo del combatiente pasa a ser la ofrenda de su propia vida confundiendo la figura del héroe con la del mártir. Carnovale asegura que *“el deber moral y el ser perretista se valieron, también, del disciplinamiento de los cuerpos y la colonización amparatoria de las almas”*.

Al finalizar el libro nos quedamos con un sinsabor. Las ideas que se despliegan dejan una imagen de los militantes del PRT-ERP centralmente reducida y caricaturizada. Se trata de personas que han perdido toda su subjetividad e individualidad para ser meros engranajes de un aparato autoritario, burocrático, jerárquico, disciplinador y moralizante, basado en mandatos y exigencias por parte de su dirección. La conciencia política, agencia e iniciativa de esos militantes han desaparecido por completo en esta interpretación.

Hemos planteado importantes diferencias con las ideas centrales del libro, tanto en torno a lo problemático de querer hacer historia desde una supuesta neutralidad valorativa, como en cuanto al rendimiento de interpretaciones despreocupadas del ejercicio de dotar de materialidad a la experiencia histórica. A pesar de esto consideramos que el libro contribuye con las condiciones de un debate todavía necesario de ciertos temas de la historia reciente argentina, tales como la forma que adquirió la militancia en la izquierda revolucionaria en una época en que, como sostiene la autora de *Los Combatientes*, violencia y política estuvieron fuertemente enlazadas.

***Débora D'Antonio (UBA-Conicet) y Ariel Eidelman (UBA)***